# EL IMPERIO SOPISTA

A.P.C.E.
SIG.: 1.29/1323

La pasada semana comenzó en Madrid, según dice la prensa, la distribución gratuita, entre las clases modestas, de un donativo alimenticio hecho por doña Eva Duarte de Perón. A su regreso a la Argentina, después de su triunfal viaje por nuestra patria, la rubia doña Eva envió a España una cierta cantidad de harina, con el fin de que la transformaran en pasta para sopa y la distribuyeran, así metamorfoseada, entre las familias necesitadas. Ahora se ha hecho el reparto. Cada poseedor de una tarjeta de racionamiento de tercera categoría habrá recibido en Madrid doscientos cincuenta gramos de pasta para sopa en un paquetito de papel con los colores de las banderas franquista y argentina.

Nada falta, pues, en el donativo para destacar su carácter piadoso: Primero, la condición de utilidad, inherente a toda limosna que se precie de serlo, y que excluye cualquier idea de despilfarro, de frivolidad o de fomento del vicio. La persona caritativa que ofrece su óbolo a un pordiosero suele maliciarse que éste se gaste su moneda de cobre en vino o en algún otro elemento de perdición. No llega a temer que se compre un Cadillac 49, pero recela tristemente que, con su piadosa limosna, aquel mendigo se corra una juerga tremenda. El consejo que tiene siempre en la punta de la lengua la persona caritativa que da una limosna es: "No lo malgaste". Y no llega a pronunciar esas palabras, porque el mendigo se suele adelantar a decir: "Dios se lo pague", con una perfecta rutina profesional, y se aleja seguidamente a toda prisa, antes de dar tiempo a que le suelten un discurso acerca de los peligros del vino, las mujeres, el juego, los lujos, etcétera. Del mismo modo, doña Eva Duarte de Perón ha querido que los pobres de Madrid no malgasten su donativo, y ha dicho: "Eso se lo toman ustedes transformado en pasta para sopa". Es, en efecto, uno de los alimentos que menos emborrachan.

Después de la condición de utilidad, la exaltación patriótica, representada por el papel del envoltorio con los colores nacionales. La caridad sin patriotismo casi no es caridad. Y el patriotismo sin banderitas casi no es patriotismo. De donde resulta, que la pasta para sopa sin los colores nacionales casi no sería pasta para sopa. El apetito de las clases modestas debe ser, por lo tanto, un apetito rojo y gualda, que se enlace en el paquete de la pasta para sopa con los colores de la enseña benéfica.

En esto han venido a parar las formidables glorias de la hispanidad, las ambiciosas realizaciones del Imperio y todas aquellas monsergas que fueron tema de los discursos pronunciados en España con motivo del viaje de doña Eva. Todo ha quedado reducido a un cuarto de kilo de fideos (o de estrellitas o de perlitas o de cualquier otra clase de pasta para sopa). El acuerdo Franco-Perón aparece así envuelto en tallarines. Y el eje Madrid-Buenos Aires resulta ser un inmenso fideo o, a lo sumo, un largo macarrón, tendido desde las secas riberas del Manzanares hasta las harto más húmedas del Plata.

Cuando el régimen de Franco fué excluído de los beneficios del Plan Marshall, los curarinches franquistas parecieron darle a esto muy poca importancia: "¿Y qué nos importa a nosotros la ayuda en dólares de los yanquis —venían a decir—, si tenemos el acuerdo económico Franco-Perón, que derramará tantos bienes sobre España?" Hubo, en efecto, manifestaciones de júbilo en varias capitales españolas, donde los manifestantes espontáneos unían en sus bien ensayados vítores los nombres de Franco y de Perón. Los periódicos franquistas se dedicaron a explicar las ventajas del grandioso intercambio comercial que se preparaba con la Argentina. Todo era hablar de construcción de barcos, equipos industriales, locomotoras, arsenales, puertos libres, silos para trigo y refrigeradores para la carne, sin olvidar otras pingües riquezas que habrían de hacer de la España franquista un verdadero emporio. Pasaron los meses, y nadie en España veía por parte alguna los beneficios de tan cacareado pacto económico. Cuando, de pronto, aparece en Madrid, entre las clases menesterosas, el único resultado tangible y comestible de esa magna obra de la hispanidad: un cuarto de kilo de pasta para sopa, donativo benéfico de doña Eva Duarte de Perón.

El Imperio ha convertido en mísero pordiosero al hidalgo español, que tuvo siempre a gala disimular su hambre y ahogar sus bostezos, y de quien es tradicional la orgullosa industria —aunque incorrecta— de presentarse en público, tras forzoso ayuno, con un palillo entre los dientes y sacudiendo de sus nobles barbas unas migajas distraídas, falso testimonio de hartura. La imagen, pese a la falacia del pícaro, tiene indisputable grandeza. El bostezo adquiere así verdadera jerarquía imperial.

Pero, en cambio, este Imperio de ahora no tiene reparo, por lo visto, en alargar la mano y recibir como limosna un kilo de pasta para sopa. El ambicioso Imperio franquista, con su hispanidad y su señoritismo y su estraperlo y sus grandes cruces de Isabel la Católica, ha resultado, a la postre, un pobre Imperio sopista.

Con un cuarto de kilo de pasta para sopa, no podrá hacer muchas cosas el pobre español de nuestro tiempo. Podrá hacer, a lo sumo, dos o tres platos de sopa. Y no faltará dama del Auxilio Social que le diga con remilgos monjiles: "¡Vaya, vaya, con que comiéndose los tirabeitos de doña Evita!" Porque la caridad sin cariñosos diminutivos no parece caridad.

Sí, sí; el pobre español —¡qué remedio queda!— se come los fideítos —o las estrellitas o las pechinitas— de doña Evita. En algún diario falangista leyó ese pobre español, cuando se firmó el "protocolo Franco-Perón", que el embajador franquista en Buenos Aires, don José María de Areilza, había calificado al pacto de "arco iris de la paz". El pobre español, cuando se lleva a la boca la cucharada de sopa, piensa que está devorando el fenómeno meteorológico de la amistad de Franco y de Perón, de doña Carmen y de doña Eva, de los "descamisados" del peronismo y de los "camisas viejas" del falangismo. Algo así como si se comiera un arco iris imperial de fideos de los colores nacionales.

Mengudo alimento es, en verdad, un plato de sopa boba —pues no dan para más sustancia los tiempos—; pero, en fin, menos es nada. ¡Pobre Imperio! ¡Qué final han tenido todas sus grandezas! ¡Y sus sueños delirantes!... "Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. es el movimiento militante inspirador y base del Estado español, que, en comunión de voluntades y creencias, asume la tarea de volver a España el sentido profundo de una indestructible unidad de destino y la fe resuelta de su misión católica e imperial como protagonista de la Historia..." Perfectamente: ahí va un cuarto de kilo de pasta para sopa... "Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio... España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales..." Evidentemente; lo dicho: un cuarto de kilo de pasta para sopa...

El Imperio se ha ido adelgazando, adelgazando hasta convertirse en un pobre fideíto de doña Evita, como diría, con remilgos monjiles, la dama del Auxilio Social.

EL VALIJERO